



VI

DE LA REPRODUCCIÓN EN LAS GALLINAS

Salvo las palomas y los cisnes, todas las aves de corral son *polígamas*, porque no viven apareadas, y un macho cubre a varias hembras. En las gallinas, un gallo vigoroso y de raza ligera llega a bastar para quince y aun para veinte gallinas, pero no es conveniente darle más de diez o doce; y en razas semipesadas y pesadas, cinco o seis. Así se asegura más la fertilidad de los huevos.

En todas las especies, para que las hembras den huevos no es necesaria la presencia del macho, error en que viven los que suponen lo contrario.

Cuando las hembras llegan a madurez sexual, es decir, cuando su ovario entra en actividad, empieza el desprendimiento de los óvulos que lo forman, dispuestos a manera de racimo, y su desprendimiento se sucede con mayor o menor actividad según los óvulos (*oocitos*) van madurando, o sea según su fecundidad. Deséchese, pues, ese

viejo prejuicio según el cual las gallinas no ponen, o ponen pocos huevos, si no tienen gallo.

No debe confundirse la fecundidad con la fertilidad. La fecundidad la determina la mayor o menor postura de la gallina, mientras que la fertilidad, tanto en el gallo como en las gallinas, determina que el huevo sea *fértil*, es decir, *fecundado*. Hay gallos al parecer muy vigorosos y cuyas gallinas dan huevos siempre *claros* o infértiles, como hay gallinas que, dando muchos huevos, todos o muchos de ellos no son fértiles por mucho que el gallo las cubra.

No debe confundirse tampoco el simple acto de la unión sexual, que se tiene a la vista, con la fecundación propiamente dicha. Esta es acto interno *determinado por la unión de la célula germinativa del macho* (espermatozoide) *con la célula germinativa hembra* (el óvulo) y especialmente con el *núcleo* de esta célula, aquel puntito blanco que lleva siempre la yema del huevo, y que el vulgo cree ver en él la *galladura*. Ese puntito blanco, formado por el *protoplasma germinativo del óvulo*, lo llevan todos los huevos, tanto si la gallina está con gallo, como si no lo está; lo que ocurre es que, si no tiene gallo, aquel puntito (*cicatricula* o *germen*), *como no tuvo contacto con el espermatozoide*, es estéril, y del mismo no puede salir polluelo.

El hecho de que en unos huevos se vea la cicatricula y en otros no, depende de que, al romperse y caer la yema en el plato, unas veces queda a la vista y otras no, por estar debajo. Si en este

caso, se voltea rápidamente la yema, con cuidado de no deshacerla, el puntito blanco queda visible. Hágase la prueba para que el lector se convenza.

En el huevo fecundado sometido a la acción del calor, natural o artificial, en temperaturas de 39 a 40 centígrados, a las dos o tres horas se inicia la formación del nuevo ser y empieza lo que se llama *la incubación*.

Por naturaleza, en todas las razas de gallinas las hembras pueden incubar, pero unas tienen mayor o menor predisposición. Esto es tendencia racial, relacionada con su fecundidad, siendo poca en las razas muy ponedoras y mucha en las que ponen menos. En las razas meridionales o mediterráneas la proporción de gallinas que muestran deseos de incubar es muy reducida, y esto ocurre en las españolas, a excepción de las gallinas catalanas del Prat y las Paraíso, que, por llevar sangre exótica y lejanamente asiática, incuban a menudo. Esto ocurre en todas las razas de doble utilidad y, en general, en las pesadas y semipesadas, así como en algunas del grupo de enanas.

Cuando las hembras se disponen a incubar, se ponen *cluecas* o *lluecas*, dejan de poner y, si son ellas mismas las que se apartaron los huevos y se acondicionaron el nido, empiezan la incubación. No siendo así, soportan que el hombre se lo prepare y admiten los huevos que se le confían.

El período de incubación, esto es, el del desarrollo del embrión, varía en cada especie y hasta en las razas, y en las gallinas es de veintiún días.

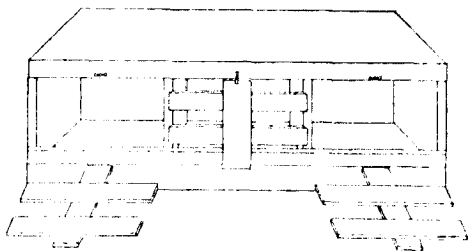


Fig. 26.—Modelo para la construcción de un triple nido para gallinas cluecas. Medidas: 1,50 m. de largo por 0,50 m. de fondo y 0,35 m. de altura.

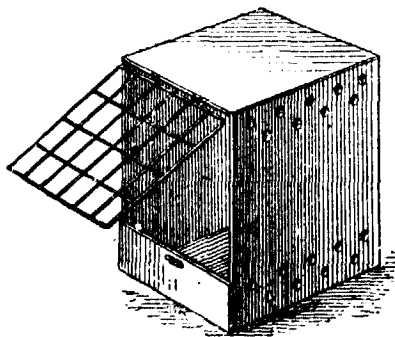


Fig. 27.—Nido para gallina clueca, que una vez terminada la incubación puede también servir de pollera durante algunos días.

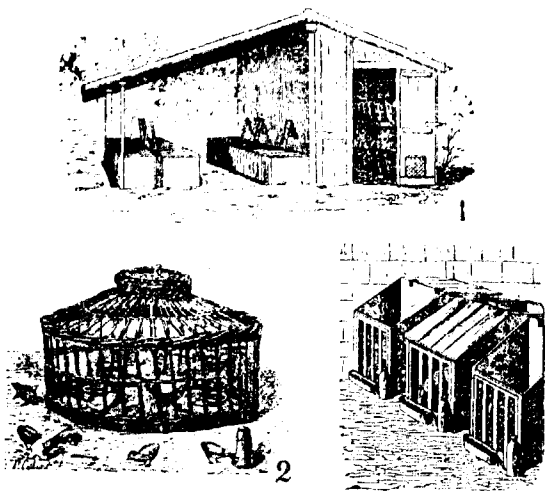


Fig. 28.—1, Caseta para tenerse muchas cluecas, con cobertizo para las cajas o jaulas en las que se las tiene durante sus comidas. 2, Pollera de mimbre, muy corriente en todos los países. 3, Modelos de cajas para cluecas, con el nido en el fondo y recinto delante para que salgan a comer.

LA DISPOSICIÓN DEL NIDO Y LA ECHADURA

Llámase *echadura* al acto de poner a incubar a la gallina o la pava clueca, aunque también alcanza especialmente el término al número de huevos que a las mismas se confía.

Hay en esto el prejuicio de que debe ser número impar, porque si es par, la incubación no va

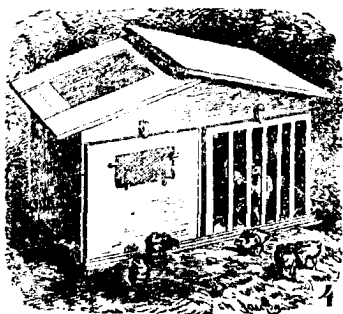


Fig. 29.—Modelo perfecto de pollera a doble compartimento. Una división en el centro, hecha con listoncitos, permite tener en una parte de la pollera la comida especial de los polluelos, sin que pueda alcanzarla la gallina, que sólo tiene acceso a la mitad de la pollera.

bien (?). No hay que tenerlo en cuenta porque esto no es más que una preocupación del vulgo, que, como ha de comprenderse, no debe contar, como tampoco la de que, si la incubación empieza con luna en cuarto creciente va bien y va mal si es en cuarto menguante. Hay en materia de echadura tantas rutinas y tantos prejuicios que con ellos podría escribirse un libro.

Lo que importa es que los huevos sean buenos, esto es, frescos, puestos por gallinas vigorosas y fecundados por buenos gallos. Esto sí son requisitos esenciales, como lo es también el de que la clueca los incube debidamente. Además de frescos (máximo huevos de ocho días), los hue-

vos mejores son los de forma normal, de cáscara poco gruesa y que no se hayan guardado ni en paraje caliente ni frío. Los huevos muy grandes (de dos yemas) son impropios para la incubación. Si están sucios deben lavarse cuidadosamente con agua tibia.

La cloquez se aprecia viendo a la gallina o a la pava acurrucada en los nidales donde las otras gallinas dan el huevo o en algún rincón del gallinero. Cuando se acentúa, después de unos días de iniciarse, se conoce por un característico gemido que emite la gallina, por el erizamiento de su plumaje al quererla tocar y a veces por algún picotazo que al intentarlo se recibe.

La experiencia aconseja no confiarles huevos hasta que uno tiene la certidumbre de que han de incubar bien. Para probar a la clueca se la secuestra, encerrándola en un cesto con fondo de paja o de forraje, en el que se ponen dos o tres *huevos de prueba* (de madera pintados de blanco, de porcelana o huevos de gallina endurecidos por cocción, y así, si la clueca sale mala no puede romperlos).

Si durante veinticuatro horas los cubre bien, entonces se la traslada *al nido*, que puede disponerse en un cesto o cajón de madera de unos 40 por 40 centímetros y 40 de altura. En su fondo se ponen algunas hojas de tomillo, de romero, de laurel o de cualquier planta aromática, cuyo olor ahuyenta los parásitos, y además, un manojillo de hierba fresca, para que dé al nido un cierto grado de humedad. Poniendo luego paja

limpia hasta mitad del nido y ahuecándola en el centro del mismo para dar mejor cabida a los huevos, se ponen éstos en número impar o par, proporcional al volumen de la clueca, porque si se ponen demasiados, a veces no puede cubrirlos todos. Como todos los días los cambia de lugar, llevando los de la periferia al centro y a la inversa, así, unos tras otros, van quedando fríos y la incubación se malogra.

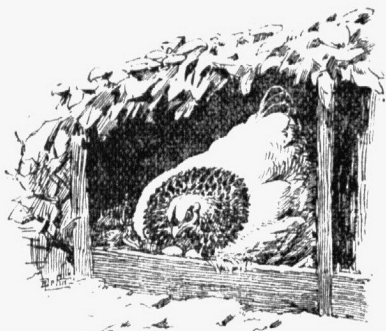


Fig. 30.—Gallina incubando en nido dispuesto al aire libre.

Así dispuesto el nido y *después de cerciorarse de que el ave va limpia de piojillo*, se la coloca suavemente en el nido y éste se cubre con algo que no la atufe.

Los nidos pueden disponerse en interiores, eligiendo locales de poco tránsito y de pocos ruidos, pero en la buena estación, es decir, en primavera y en verano (aunque las incubaciones veraniegas

no son recomendables), los nidos pueden disponerse al aire libre, practicando una pequeña excavación en el terreno, disponiendo en ella el nido tal como antes se dijo, y manteniendo la clueca en él, empleando un cajón de madera sin tabla delantera y sin fondo.

Es también un excelente modelo de nidos para cluecas el que se representa en las figuras 26 y 27.

Cuando la raza de gallinas que se tienen es de las que incuban poco, el avicultor puede auxi-

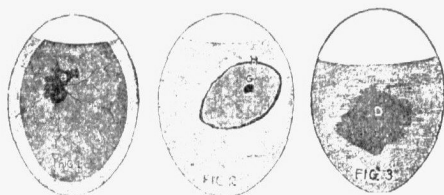


Fig. 31.—Miraje de los huevos al trasluz de una lámpara, a los siete días de incubación. 1. Huevo con germen vivo. 2. Huevo con germen muerto. 3. Falso germen, o huevo viejo inútil. B, Embrión vivo. G, Germen muerto. H, Círculo rojo. D, Mancha oscura.

liarse incubando con pavas de Indias, muy pre-dispuestas a la cloquez y que, hasta sin que ellas pidan incubar se las puede inclinar a ello, teniéndolas algunos días en paraje oscuro, en un cesto tapado y con huevos de prueba. Procurándolo con pavas viejas, muchas veces un 50 por 100 entran en calor, y respondiendo al tratamiento, se quedan cluecas.

Cuando se ponen echaduras, es conveniente poner dos o tres a la vez (el mismo día), porque, cuando a los seis o siete días de incubación *se hace el miraje de los huevos*, al retirarse los infértiles (claros), a veces quedan pocos en los nidos y juntando los que queden, a una de las gallinas se le da nueva echadura.

El huevo claro se distingue porque aparece traslúcido como el primer día. El que lleva germen vivo deja ver en su interior como una araña que en el huevo se mueve, pero si en él se ve como un puntito negro rodeado, de un círculo rojizo, es que el germen murió, y el huevo debe ser también retirado, porque se corrompería.

CUIDADOS A LA CLUECA Y NACIMIENTOS

La gallina o la pava que incuban no requieren otro cuidado que el de vigilar que todos los días se levanten una o dos veces para comer y evacuar. Su alimentación debe reducirse a los granos (maíz o trigo) y migajas de pan, a título de golosina.

Abierto el nido, si la clueca no sale por sí misma, hay que echarla de él cuidadosamente para que no rompa huevos. Luego se la deja tranquila, y después de haber comido, por sí misma vuelve a los huevos. En la primera semana, a los pocos minutos; en la segunda, tarda más, y en la tercera (hasta los dieciocho días), a veces permanece fuera del nido un cuarto de hora. En

cambio, en los dos días que preceden al nacimiento, como percibe ya la vida de los polluelos, se resiste a salir, y el último día apenas come, temerosa de que se malogre su prole. Hay que vigilar también que el nido no se ensucie con deyecciones de la clueca o por rotura de algún huevo, en cuyo caso procede su limpieza, poniendo paja limpia.

A los veinte días muchos polluelos empiezan a picar el cascarón, y a los veintiuno van naciendo por orden de vigor y de frescura del huevo al ponerlo en incubación. Los que primero nacen son los que proceden de los huevos que se pusieron más frescos y aquéllos en que el germen es más vigoroso. Si se marcaran los que primero nacen y los últimos en nacer, fácil sería luego comprobar la relación que ello guarda con su mayor y mejor desarrollo en la crianza y hasta en la ulterior producción.

Nunca se debe pensar en ayudar a un polluelo para que salga del cascarón. El que no sale por sí mismo es ser débil que ningún producto daría.

Aun cuando por temor a que la clueca aplaste algún polluelo sea costumbre la de írselos quitando a medida que van naciendo, esto no debe hacerse. Es mejor dejarla quieta hasta la mañana del día 22, en cuyo momento se la retira del nido, se toman con cuidado los polluelos en un cestito y se le vuelven a dar *en la pollera*.

CRÍA Y RECRÍA

Bajo el nombre de *período de cría*, en Avicultura se entiende aquél en que el polluelo necesita de ciertos cuidados y de una alimentación especial que tienda a facilitar su crecimiento y a robustecerle. Su duración es de dos o tres meses. A esta edad ya puede corretear libremente, no requiere calor y acaba de desarrollarse, adquiriendo la plenitud de características propias del sexo y de la raza o de la variedad a que pertenece el individuo. A este período se le denomina de *recría*, y dura, hasta que se manifiestan sus aptitudes sexuales, cantando y persiguiendo a las gallinas los machos y empezando a dar huevos las pollitas.

Durante estos períodos, especialmente en el de cría, los polluelos están expuestos a muchos peligros, y pasan ciertas *crisis*, en las que puede sucumbir.

Cuando es la gallina o la pava clueca la que conduce los polluelos, hasta las siete semanas de nacidos (momento en que suelen abandonarlos), la naturaleza cuida de evitarlos, porque la madre, propia o adoptiva, instintivamente sabe cómo hacerlo. A pesar de todo, algunos no se evitan, como los que proceden de gérmenes patógenos, con los que el polluelo ya nació, o los que pueden infectarle por los alimentos o por estar sobre el terreno en que corretean los polluelos. Alúdese aquí a la diarrea blanca (*pullorosis*) y a la *coccidioses*, enfermedades de la infancia del polluelo,

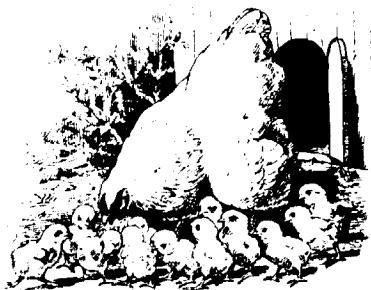


Fig. 33.—Una excelente madre.

de las que nos ocuparemos en el capítulo correspondiente.

Cuando los polluelos deben criarse artificialmente y en grandes grupos, a esos peligros se suman muchos otros, entre los cuales descuella la regulación del calor que les es necesario. De ahí que para criar bien nada sea tan recomendable como lo que se hace confiando la crianza a gallinas o pavas cluecas.

Terminado este trabajo, y generalmente cuando los polluelos tienen de seis a siete semanas, la gallina los abandona y vuelve a dar huevos.

De la alimentación de los polluelos en cría y en recria nos ocuparemos en el capítulo que a la alimentación dedicaremos.

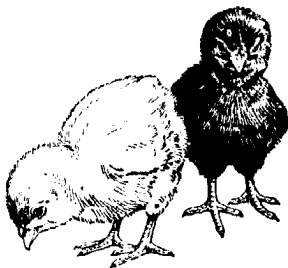
CRIANZA ARTIFICIAL

Cuando se trabaja a base de incubación artificial, hay que auxiliarse utilizando alguno de esos

innumerables sistemas de criadoras que tienen siempre como base la calefacción del local en que se tienen los polluelos y especialmente la zona del piso, más próxima al calefactor.

Las más modernas son las llamadas *de cono o campana de metal*, calefacta por agua o vapor de agua, por petróleo o por electricidad. Para grandes cantidades de polluelos, hasta su construcción casas polleras dotadas de calefacción central, y aún se crían los polluelos, hasta las ocho o las nueve semanas, en estanterías (*baterías*), de metal, con las que, en superficie de un metro cuadrado, y en cinco pisos, pueden criarse hasta 500 polluelos.

Críense de una manera o de otra, la crianza artificial tiene y tendrá siempre muchos inconvenientes y no estará nunca al alcance de los aldeanos y campesinos.



Polluelos recién nacidos.

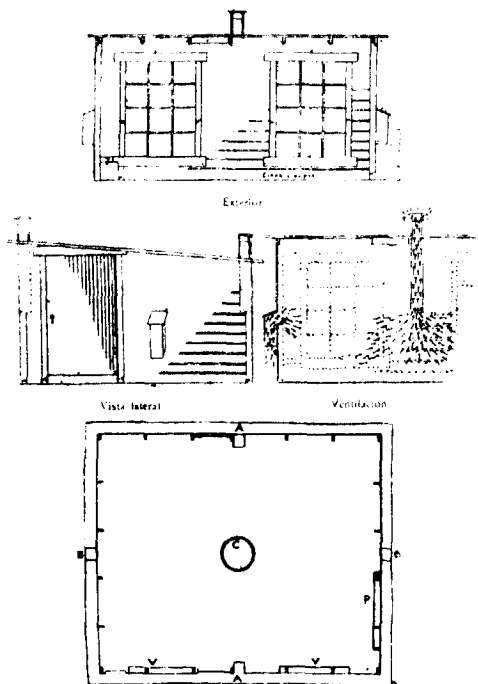


Fig. 32.—Disposición de una caseta para la crianza de grandes grupos de polluelos. Para 500 polluelos, 4 por 4 m., 2 m. de altura delantera y 1,50 m. en la pared de fondo. V, Ventanales. A, Salidas del aire caliente. B, Entrada de aire puro dispuestas a 1 m. del suelo. C, Aparato calefactor a criadora de campana.

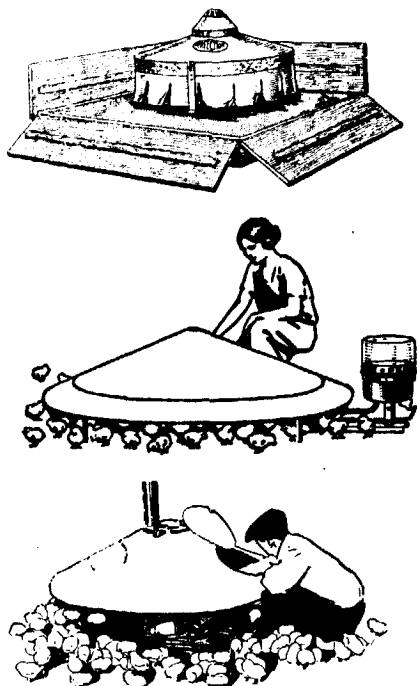


Fig. 34.—Modelos de criadoras artificiales. Arriba: para grupos de 100 a 150, con pequeña lámpara de petróleo o electricidad. Centro: campana para 200 hasta 500 polluelos, con cafelactor de llama azul. Abajo: gran criadora de campana con calefacción por estufa de carbón.